—Iré donde sea necesario, pero no pediré perdón á nadie; ya lo oye usted.

Y no se lo pedí.

Comprendo que mi pobre madre debió de sufrir mucho aquellos días. Como madre se compadecía de mi suerte, y por necesidad tuvo que ponerse de parte de aquel caballerete, que era de la familia de la señora de la casa, y decirle que sentía yo mucho el haberle pegado tan fuerte. ¡Pero que había yo de sentirlo! al contrario, lo que sentía era no haberle hecho más daño.

A los dos ó tres días de estos acontecimientos subí al coche de Redmood con mi pobre equipaje, sin sentir lo más mínimo lo que había hecho; lo único que sentía era que la honorable Beatriz Normandy me hubiese repudiado, y hubiese huido de mí como se huye de la lepra, y que no se hubiera dignado siquiera salir al jardín para decirme adiós. Indudablemente debió pensar que al fin y al cabo era yo hijo de una criada, y que no valía la pena de molestarse por tan poca cosa...

Durante el camino fuí pensando en cosas que me consolaban y animaban al mismo tiempo; pensaba que algún día volvería á Bladesover con mucho dinero, fuerte y poderoso, algo así como Coriolano. No recuerdo bien los detalles de este sueño, pero es indudable que debía pensar en desplegar mucha magnanimidad...

Lo cierto es que no me arrepentí de haber dado aquella gran paliza al joven Garvell; ni me arrepentí entonces ni me arrepiento ahora.

CAPITULO II

De cómo me ví lanzado al mundo y de lo último que ví en Bladesover

Para castigar mi rebelión me mandó mi madre á casa de su primo Nicodemo Frapp, y después estuve también de aprendiz en el laboratorio de mi tío Ponderevo.

Al poco tiempo de estar en casa de mi pariente Frapp me escapé y volví á Bladesover.

Este pariente Nicodemo Frapp era panadero, y tenía la panadería en una calle estrecha y lóbrega de Chatham. Era un pobre hombre, que andaba siempre con pegotes de masa por cabeza y cara, y que estaba completamente dominado por su mujer, que era mucho más joven que él, bajita y rechoncha, locuaz y más mala que un demonio. Hasta ahora que me pongo á escribir lo que me pasó en aquellos días ya lejanos, no había vuelto á pensar en aquel desgraciado que representaba la tradición perfecta de la servidumbre. Era mi pariente un hombre que ni tenía entusiasmo por vestir bien, ni por la vida, ni por nada; vestía como quería su mujer que vistiera; ella misma elegía la tela, cortaba las prendas y las cosía bien ó mal, y hasta la barba y el cabello lo había de llevar como ella quería, porque ella misma se lo cortaba y arreglaba. Mi madre ya me lo había dicho:

— Mi primo es un buen hombre, muy trabajador, un verdadero burro de carga.

Efectivamente, así lo encontré yo, tal como me lo pintó mi madre. ¡Pobre viejo Frapp! Su única virtud consistía en trabajar como un bestia y decir á todo amén; se levantaba mucho antes del amanecer y se acostaba á la hora de las gallinas; pero á pesar de trabajar tanto no prosperaba, iba de mal en peor, atrasándose siempre y contrayendo nuevas deudas. Para probar su paciencia le dió Dios un enjambre de chiquillos, que se iban muriendo al poco de venir al mundo; pero él seguía humillado como siempre, sin entusiasmo y sin pensar en idear algo para hacer frente á las exigencias de los tiempos modernos.

La divisa de aquella familia era la resignación con la voluntad de Dios, y sufrir con santa resignación todos los contratiempos de la vida. Observé á los pocos días de llegar que no había un sólo libro en toda la casa; verdad es que aunque le hubiera habido tampoco hubiera tenido tiempo de leerlos, pues allí no había tiempo nada más que para trabajar; siempre lo mismo; amasar y cocer pan y vuelta á hacer lo mismo, y los únicos ratos de expansión que tenían eran los momentos que se sentaban á la mesa, y los domingos, que salían de casa para ir á la iglesia con otros vecinos tan desastrados y sucios como ellos, donde cantaban un himno acompañados de las descompuestas voces de un órgano desvencijado.

En un cuartucho estrecho y lóbrego colocaron mi camita, bien mala por cierto, junto á la que ocupaban dos de los supervivientes de la inagotable fecundidad de Frapp, y durante el día lo pasaba yo en la tienda amontonando panes y hablando con mi pariente, sin dejar de trabajar, de lo poco que le daba mi madre por tenerme en su casa; pues decía que aunque era poco, pues no le daba nada más que diez chelines por semana, que le venía muy bien aquella cantidad para poder ir tirando

adelante. No había libros en la casa como ya dejo dicho, pero tampoco había un rinconcito desocupado ni una silla donde yo pudiera pasar un rato leyendo, así es que me inspiraban horror las lobregueces de aquella casa y escapaba siempre que podía para poder respirar por las calles de Chatham con más libertad. Recuerdo que me llamó la atención un papelucho ilustrado que se publicaba por aquel entonces y que se intitulaba *Police News*, cuyos dibujos eran casi todos de crímenes horrendos; amantes asesinados, otros que morían retorciéndose por haberse tomado un vaso de vitriolo; trenes asaltados por bandidos, casas hundidas por una explosión, y cosas por el estilo...

Después de esta estancia mía en Chatham no volví á ir por allí; la impresión que dejó en mi mente aquella visita fué de que todo aquello era muy sucio y horriblemente feo, y todos los pueblecitos inmediatos eran los mismo, pues una vez me aventuré á ir á Rochester y también ví que era un pueblo de calles estrechas y sucias.

Las camas donde dormíamos mis dos primos y yo estaban tan juntas que casi formaban una sola. Al mayor no lo veía nada más que por la noche y á las horas de comer, porque trabajaba fuera de casa, y el otro, que era medio simple, pues se le había metido en la cabeza que era un mono, y en cambio su madre decía que era un muchacho pensador, porque no hablaba nada más que cuando le preguntaban algo, andaba siempre por allí medio atontado.

De resultas de una conversación que tuvimos los tres una noche cuando ya estabamos acostados sobrevinieron disgustos muy graves. El mayor de mis primos pronunció algunas palabras piadosas que á mí me molestaron bastante, y comencé á expresar en seguida mis dudas respecto á la religión. Antes de ahora no había yo hablado de estas dudas mías nada más que á mi compañero de colegio Ewart, que las amplió y desarrolló. Pero

esta noche á que me refiero comprendí, en cuanto empecé á hablar, que con los Frapps era imposible hablar de esas cosas.

Mi respuesta negativa dejó á mis primos aterrados de tal modo que no se atrevían ni á respirar siquiera.

Al principio no sabían lo que estaba yo diciendo, pero en cuanto lo comprendieron ya no pensaron más que en espantosos truenos y en grandes llamaradas. Se corrieron en seguida en la cama y me dejaron mucho más puesto para apartarse de mí, y el mayor se incorporó y empezó á decirme que aquello que había dicho yo era horroroso. Llegué hasta tener mucho miedo por mi temeridad, pero cuando me dijo que me desdijera inmediatamente de lo que acababa de decir, en vez de hacerlo confirmé mi repudiación.

—No hay infierno, —dije yo muy serio; —ni hay infierno ni hay castigo eterno; Dios no es tan imbécil como todo eso.

El mayor de mis primos no pudo contener una exclamación de espanto, y el menor se acurrucó en la cama asustado sin decir una palabra.

—Es decir, —dijo el mayor cuando estuvo en condiciones de poder hablar, —según tu teoría puedes hacer lo que se te antoje.

—El buen cochero guía bien, —contesté yo.

Al oir esto se tiró de la cama á obscuras, y su hermano le siguió detrás, y después de arrodillarse en el suelo, se pusieron á rezar en alta voz para que Dios me perdonara. Aquello me conmovió bastante, pero tuve el valor de mantenerme firme.

—¡Perdónalo, Dios mío, que no sabe lo que se dice! —exclamaba el mayor con mucho fervor.

—Reza lo que quieras, —dije yo, —pero si me vas á incluir á mí en el rezo, entonces trazaré la línea divisoria.

Recuerdo que después siguió una gran discusión, y que mi primo se lamentaba amargamente de que

se viera obligado á dormir en la misma habitación que dormía ¡un infiel!

Al día siguiente refirió á su padre todo lo que había yo dicho, y cuando llegó la hora de comer me sorprendió mucho que mi tío Nicodemo me dijera muy incomodado, lo siguiente:

—Oye, Jorge, anoche dijiste cosas horribles, y eso no está bien que lo digas.

—¿Qué dijo? —preguntó su mujer.

—Cosas que yo no puedo repetir.

—¿Pero qué cosas son esas? —pregunté yo con calor.

—Pregúntale tú, —contestó mi tío señalando á su informante con el cuchillo que tenía en la mano. —¿No eran blasfemias?

Mi tía no pudo probar un bocado más, y yo me arrepentía interiormente de mi atrevimiento.

—Aquello no fué más que un razonamiento, —dije yo para salir del paso.

Mi primo se había levantado de la mesa para marcharse á su ocupación, y yo salí detrás y le dije cuando aun se hallaba á poca distancia de mí:

—Ven aquí soplón desgraciado, —y al decir esto me eché sobre él y le dí una bofetada.

Dió un paso hacia atrás, y me echó una mirada amenazadora, pero después dió media vuelta y se marchó diciendo:

—Te perdono, te perdono, no quiero nada contigo.

Mi tía me dijo después que no me metiera con mi primo, y aquella noche cuando estabamos cenando, me dijo mi tío muy serio, que antes de acostarme tenía que arrepentirme de lo que había dicho la noche anterior.

—Sí, Jorge, conviene que te arrepientas, hijo mío, ¿no ves que podías muy bien morirte durante la noche? ¿no ves que puedes acostarte en tu camita y despertar en el infierno? no seas así, hijo mío; arrepientete y vivirás tranquilo.

Todas estas cosas me pusieron muy nervioso, y

aquella noche tardé algún tiempo en quedarme dormido. Mis primos dormían á mi lado como dos benditos, y yo comencé una oración, que no terminé, porque comprendí que las ideas que yo tenía sobre la religión no cuadrarían á Dios.

Desperté después á mis primos para decirles que había hecho acto de contrición, y dormí tan guapamente, no solamente aquella noche, sino todas las que han pasado desde entonces, sin temor á ninguna injusticia divina. Aquella declaración forma época en mi vida espiritual.

Ahora ya no me dejaban de la mano por temor á que se perdiera mi alma; tenía que ir con ellos á la iglesia los domingos y fiestas de guardar y leer mucho la Biblia. Tanto les oía hablar de estas cosas que llegué hasta creer si realmente estaría yo condenado; pues á pesar de todo yo me mantenía firme sin creer en nada de lo concerniente á la religión.

De toda la familia el más razonable era el menor de mis primos. Una tarde subió al cuarto donde estaba yo condenado á leer continuamente la Biblia y á luchar á solas con mis pensamiento y me dijo al entrar.

—¡Hola! qué tranquilito estás aquí, —y se acercó más á mí para preguntarme algo. —¿Quieres decir que no hay nadie que haga rodar el mundo? —dijo bajando más la voz.

—¿Que no hay nadie?...

—Sí, que no hay nadie que te vigila constantemente.

—¿Y por qué tiene que haber? —pregunté yo.

—No puedes aunque quieras dejar de pensar en eso. Sea como fuere no puedes... y al llegar aquí se detuvo. —Creo que no debía de hablarte yo de estas cosas.

Dudó un momento, y dió después media vuelta saliendo del cuarto, pero echándome al mismo tiempo una mirada por encima del hombro izquierdo.

A la semana siguiente se pusieron tan mal las

cosas, que comprendí que me sería imposible seguir viviendo con aquellos parientes míos que, sin quererlo indudablemente, me iban empujando hacia el ateismo.

En el escaparate de una tienda, ví una tarde un mapa de Kent, y estuve un buen rato detenido examinándolo y aprendiendome de memoria los caminos; y el domingo siguiente á las cinco de la mañana, cuando mis primos dormían aún tranquilamente, salí de casa y emprendí á pie el camino de Bladesover.

Recuerdo algo de aquellla caminata, aunque no recuerdo todo lo que yo quisiera de aquel viaje á pie. La distancia de Chatham á la casa Bladesover era de diecisiete millas próximamente, que las recorrí en un tirón sin cansarme, á pesar del mucho daño que me hacía una bota, que llegó hasta lastimarme el pie.

La mañana debía de estar forzosamente muy clara, porque recuerdo muy bien que al llegar cerca de Itchinstow Hall, volví la vista hacia atrás y ví el estuario del Támesis, y creí que toda aquella parte fangosa de la desembocadura del río era el mar, que hasta entonces no lo había visto yo tan de cerca como lo veía ahora. Veía muy bien los barcos que iban á Londres, y los que bajaban el río para entrar en el mar. Estuve un buen rato contemplando aquel movimiento de embarcaciones, mientras pensaba que acaso hubiera sido mejor para mí, embarcarme en alguno de ellos y marcharme á recorrer los mares.

Cuanto más me iba aproximando á Bladesover, más dudas tenía respecto al recibimiento que me harían, y más sentía por lo tanto la situación en que me hallaba. Dí un gran rodeo con objeto de no encontrar en el camino á ningún conocido, porque antes de que me vieran por allí deseaba hablar con mi madre para ver lo que me decía.

Andaba mirando receloso á un lado y á otro, como el bandido que entra en propiedad ajena y

espera la oportunidad para robar algo. Era la primera vez, que yo recuerde, que tenía el sentimiento de lo ilegal, y este sentimiento representó después, durante mi vida, un papel bastante importante. Veía yo claramente que no había sitio para mi en ninguna parte, y por lo tanto no podía entrar allí.

Al descender la montaña comencé á distinguir á los criados de casa que andaban por la finca; reconocí desde allí á varios de ellos, y después ví á mi madre vestida como siempre de negro, que iba detrás de la señorita Fison.

Mi madre debió creer sin duda, que bajaba yo del cielo, pues se quedó asombrada al verme, y tardó algún tiempo en poder dirigirme la palabra; pero yo rompí el silencio y le dije en alta voz con gran resolución y energía:

—No puedo yo vivir en Chatham; prefiero morir antes de volver allí.

Al día siguiente me acompañó á casa de un tío mío que vivía en Wimblehurst, y que era la primera vez que oía yo hablar de él. Tan furiosa estaba mi madre, por haberme presentado allí de improviso, que casi me llevó á empellones sin decirme una sola palabra cariñosa, y entonces sentí muchísimo el no haberme quedado en Rochester, á pesar de su suciedad, para haber ingresado como marinero en algún barco de guerra.

No recuerdo bien todos los detalles de este viaje á Wimblehurst con mi madre, pero tengo muy presente su imagen; me parece que la veo ahora en aquel coche de tercera en que íbamos, tiesa y grave, desdeñosa inclusive hablándome de mi tío.

—A tu tío—dijo—no le he vuelto á ver desde que era muchacho... Pero entonces,—añadió con una especie de gruñido—se le tenía por muy listo.

Le dió poca importancia á estas cualidades de listeza, y añadió después:

—Hace tres años próximamente que se casó y se estableció en Wimblehurst.... Esto me hace suponer que su mujer tenía algún dinero.

Estuvo musitando algunas palabras como queriendo recordar algo, y dijo después:

—Se llamaba Tuddy..., tendría por entonces tu edad... Ahora debe tener ventiseis á veintisiete años.

Al llegar al pueblo entramos en la calle donde vivía mi tío; y al ver á un hombre delgado y vivaracho, de nariz algo aguileña y gafas, con gorro y zapatillas de tela de alfombra, que salía de su tienda, miraba algo que había en el escaparate de la misma y se frotaba con fuerza la barba, comprendí que debía ser él.

—Ese debe ser tu tío—dijo mi madre, en voz muy baja como si le faltara el aliento para poder respirar.

Había vuelto á entrar en la tienda poco antes de llegar nosotros, y entonces me puse á examinar lo que tenía en el escaparate. Era aquella una pequeña tienda de drogas y farmacia, pero en vez de las botellas grandes con agua encarnada, azul y amarilla que se ven por lo regular en otras farmacias y droguerías, se veían algunos aparatos, entre ellos una maquinita eléctrica de fricciones, una bomba de aire comprimido, varias retortas y dos ó tres trípodes. Había también un caballo de yeso para indicar que vendía medicamentos para la veterinaria, y además se veían botellas de aguas minerales, sifones, etc., y en sitio muy visible del escaparate un cartel que decía:

Comprad ahora las pastillas para la tos Ponderevo

¡Ahora!

¿Por qué?

Porque son dos peniques más baratas que en invierno. ¿No compráis manzanas para guardar? ¿pues por qué no habéis de comprar las medicinas que váis á necesitar?

En este llamamiento debía yo reconocer en seguida la nota distintiva de mi tío.

En aquel momento se había vuelto á aproximar á la puerta y pude examinarlo más de cerca. Vi que tenía los ojos pardos y que los lentes le arrugaban las narices. Entramos en la tienda y mi tío tomó al momento actitud comercial.

—¿No me conoce usted?—preguntó mi madre con voz insegura.

Mi tío no dijo ni que sí ni que no, pero se quedó mirándonos con curiosidad. Mi madre se sentó en una sillita que había junto á las pilas de jabones y específicos, despegó los labios como para hablar y los volvió á juntar.

—Un vaso de agua señora, beba usted un poco de agua,—y él mismo le dió un vaso al momento.

Mi madre se bebió el vaso de agua y empezó diciendo:

—Este muchacho va á ser como su padre; se le ve crecer y no sé donde va á llegar.... Se lo traigo á usted.

—¿Quién es su padre, señora?

—Jorge.

El químico siguió un momento mirándonos, y veía claramente que no había comprendido todavía de qué se trataba. Se había quedado detrás del mostrador con el vaso en la mano que le había devuelto mi madre. De pronto cayó en la cuenta y empezó con una serie de exclamaciones que me hicieron sonreir.

—¡Dios eterno! ¡por las once mil vírgenes!; —se le escapó el vaso de la mano y se bajó para recoger los pedazos que colocó encima de unas cajas.

Abrió una puertecita de la trastienda, y oí que gritaba:

—¡Susana! ¡Susana!

Salió del mostrador con la mano extendida que dió á mi madre y después á mí, estrechándome la mía con gran entusiasmo.

—¡Caramba! ¡caramba!; ¡vosotros por aquí!... ¡Entrad, entrad, en seguida!... ¡Más vale tarde que nunca!

La habitación donde nos hizo pasar era muy pequeña y asfixiante, comparada con las de la casa Badesoner, pero muchísimo mejor que las de mi pariente Frapp. Olía como es natural á farmacia y droguería, y no estaba del todo mal arreglada; se veían libros por todas partes y sobre la mesa que había cerca de la chimenea había un diccionario abierto. Mi tío abrió una puertecita y volvió á gritar:

—¡Baja pronto, Susana, que te esperan! ¡vas á tener una sorpresa!

En cuanto bajó mi tía le dijo su marido:

—Mira, Susana, esta es la esposa de mi hermano Jorge, del que ya te hablé hace ya bastante tiempo, que nos trae á su hijo.

Mi tía tendría por aquel entonces veintitres años, era delgada y bastante bien parecida, con unos ojos tan azules que me llamaron mucho la atención, porque nunca había visto unos ojos de mujer de un azul tan claro como los suyos.. Se quedó un momento mirándonos, y después miró á su marido, y en aquella mirada comprendí yo que le decía: ¿Y para qué me traes á mí esto?

—¿No comprendes?—le volvió á preguntar mi tío—te hablo de Jorge.

—Me alegro de conocer á usted,—dijo por fin alargando la mano á mi madre.—Ha sido una verdadera sorpresa para mí... No les puedo ofrecer nada porque no creo que haya nada en toda la casa que ofrecerles,—dijo sonriéndose, mientras miraba á su marido de un modo bastante malicioso. A no ser que él prepare algo con sus dichosas drogas,—añadió á continuación.

Mi madre le alargó muy séria la mano y me dijo que le diera un beso á mi tía...

—Sentaros, sentaros—dijo mi tío frotandose las manos, después de acercar una silla para que se sen-

tara mi madre. — No sabéis lo mucho que me alegro de veros por aquí.

Mientras que ellos hablaban me estuve entreteniendo en examinar á mi tío detenidamente. Recuerdo que llevaba el chaleco desabotonado, como si poco antes de llegar nosotros le hubiera estado molestando alguna cosa y se hubiera tenido que meter la mano. Observé que tenía una cicatriz en la barba, y que los lentes que usaba no estaban hechos para sus narices, pues le apretaban tanto que le arrugaban la piel. Al hablar apretaba los dientes de tal modo que sus palabras eran un ceceo continuo, como si todo fueran zzz.

Casi todo se lo decía él; mi madre se limitó á repetir lo que ya había dicho en la tienda. «Le traigo á Jorge», y aunque indudablemente tenía que decir algo más, se veía que andaba vacilando, y que no se atrevía á seguir adelante explicando su idea.

— Se ve que te gusta Wimblehurst, — dijo mi madre dirigiéndose á mi tío.

Pero en vez de contestar á esto, le hizo algunas preguntas respecto á aquellos grandes señores de la casa Bladesover, y mi madre dijo que lady Drew la consideraba como una amiga, y después principiaron á hablar de Wimblehurst.

— Esta localidad no es precisamente lo que yo necesito.

Mi madre hizo una afirmación de cabeza como si hubiese estado esperando aquella contestación.

— Esto está muerto, — continuó él diciendo; — aquí no sucede nunca nada.

— Siempre quiere que suceda algo, — dijo mi tía Susana. — Puede ser que algún día se queje de que suceden demasiadas cosas.

— No, — contestó mi tío en seguida; — de eso no me quejaré nunca.

— ¿Tienes poca venta? — le preguntó mi madre.

— No me puedo quejar; pero no hay aquí desarrollo, que es lo que yo deseo. Estas gentes son enemigas de todo adelanto; no les puedes hacer que

compren nada nuevo, y cuando compran algo es porque se están medio muriendo. He hecho lo que humanamente se puede hacer para obligarles á que que compren las medicinas anticipadamente y en grandes cantidaeds; ¡pero si quieres! no están ellos por estas previsiones. Les he propuesto también una cosa que ideé, y que hubiera sido muy ventajosa para ellos y para mí, y consistía en una especie de seguros sobre los constipados; que se subscribiera cada uno por una pequeña cantidad semanal, y el que estuviera constipado le entregaría mi específico hasta que estuviera curado. ¡Imposible! estas gentes no tienen ideas, no quieren nada nuevo.

— ¡Ah! — dijo mi madre.

— Nada, que no me conviene, — siguió diciendo mi tío; — yo necesito otra cosa, necesito vida, movimiento, algo así como una cascada.

— Así era Jorge, — dijo mi madre después de un momento de reflexión.

Mi tía Susana tomó entonces la palabra al ver el entusiasmo de su marido.

— Si, no se cansa de hacer ensayos para ver si su negocio da un buen salto; no se cansa de poner nuevos cartelones en el escaparate, y se agita de tal modo que á mí me hace saltar también muchas veces.

— Pero de bien poco me sirve mi energía, — dijo mi tío.

— De bien poco, sí; por ahí no adelantas nada, — contestó mi tía.

Después de esto hubo una pausa bastante grande, y comprendí que ahora hablarían de mi padre, que era lo que yo deseaba; pero desgraciadamente mi tío dijo en aquel momento mirando á mi madre.

— Creo que á Jorge le gustará más dar una vueltecita por el pueblo que estarse aquí sentado con nosotros.

— No, señor, — contesté yo; — no me importa estar aquí sentado.

Mi tío se levantó en seguida de la silla, á pesar

de mi contestación, y me sacó á la tienda diciéndome:

—Anda Jorge, ve á ver el mercado; hay dos tiendas muy buenas, pero ten cuidado con el perro del carnicero que á esta hora estará tumbado, como de costumbre, en medio de la calle.

Vió desde la puerta de la tienda cómo me alejaba, y me quedé con los deseos de oir hablar de mi padre.

Al volver á casa me dijo mi tío que habían estado hablando de mí, y que habían convenido en que estudiara para químico.

Mi madre se quedó mirándome y dijo:

—Yo confiaba en que lady Drew hubiera hecho algo por él, pero... —y al llegar aquí se detuvo.

—¿En qué sentido? —preguntó mi tío.

—Podía haber hablado á alguno de sus conocidos para que hubiera entrado en alguna parte, y le hubieran proporcionado algún buen destino. Todos los criados de casa esperan algo bueno de ella, porque conoce y trata á personas muy influyentes. Pero este hijo mío no ha sabido captarse las simpatías de lady Drew, y con el señor Redgrave estuvo hasta poco respetuoso una vez: se va pareciendo mucho á su padre.

—¿Quién es ese señor Redgrave?

—El vicario.

—¿Es que es un poco independiente? —preguntó mi tío.

—Desobediente, —contestó mi madre. —No se hace cargo de su situación. Cree que es igual que los que por nacimiento y fortuna se hallan en bien distinta posición que la nuestra; pero algún día le pesará, porque cuando comience á conocer esta diferencia de clases será demasiado tarde para él.

Mi tío se rascó la barba y se quedó mirándome.

—¿Has aprendido algo de latín? —me preguntó cuando terminó mi madre de hablar.

Contesté que no me habían enseñado nada de latín.

—Aquí podrás aprenderlo en unas escuelas gratuitas que han puesto. Conviene que sepas latín.

—¿Aprenderé latín? —exclamé yo emocionado.

—Sí, nada más que un poco, —dijo él.

—Me gustadá mucho el aprenderlo, —contesté yo. —¡Latín! —repetí yo poniéndome muy contento.

Hacía tiempo que deseaba yo aprender el latín, porque aunque muchacho comprendía que sin el latín se encuentran muchas dificultades en este mundo.

—No te servirá de gran cosa, —dijo mi tío, —pero para seguir carrera es indispensable, por lo que conviene mucho que lo estudies.

—No quiere decir tu tío que te haga falta, —dijo mi madre, —sino que tienes que estudiar latín porque es preciso estudiarlo. Después tienes que aprender otras muchas cosas.

La idea de que volvería á coger los libros me animó mucho, porque á mí me gustaba mucho el estudio, y creí que todo aquello había terminado ya para mí.

—¿Entónces viviré aquí con ustedes? —pregunté yo; —viviré dedicado al estudio y ayudándole lo que pueda en la tienda.

—Eso es, —contestó mi tío, —estudiarás y me ayudarás en todo lo que puedas.

Mi madre se marchó aquel mismo día, y yo me quedé muy contento en casa de mi tío al ver el nuevo giro que tomaban las cosas. ¡Iba á estudiar latín! Aquello ya era otra cosa; después de mi humillación en Bladesover, se abría ahora un nuevo horizonte para mí, y veía yo en lontananza un porvenir que me llenaba el corazón de esperanza.

Acompañé á mi madre á la estación del ferrocarril, y antes de partir el tren me dijo lo siguiente:

—Pórtate bien, Jorge. Estudia mucho... y no vuelvas nunca á querer igualarte á los que están por encima de ti y son más que tú... no los envidies, hijo mío.

29254
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
325 MONTERREY, MEXICO

—Así lo haré, mamá.

Me iba á retirar, porque venía un empleado de la estación cerrando las portezuelas de los coches, cuando me dijo mi madre:

—Jorge, no te vayas, hijo mío, sin darme un beso.

Al besarla me abrazó fuertemente y me humedeció la cara con sus lágrimas. Era la primera vez que veía á mi madre llorar, pero también fué la última.

Partió el tren y yo me quedé un momento en el andén de la estación sin saber lo que me pasaba. Ahora sentía ya separarme de mi madre; ya no me entusiasmaba tanto la idea de que iba á aprender latín; con sus abrazos y lágrimas se había desvanecido en un abrir y cerrar de ojos todo mi orgullo.

Mi madre murió casi repentinamente á la entrada de la primavera siguiente, y lady Drew se marchó á Folkestone con las señoritas Somerville y Fison, con idea de no asistir á los funerales, y no volvió hasta que no estuvo todo terminado y pusieron otra en el puesto de mi madre.

Asistí á los funerales con mi tío, y recuerdo muy bien los apuros que pasaron, porque el tintorero de Londres no acababa de mandar unos pantalones suyos que le había mandado para que los tiñera de negro, con objeto de que mi tía arreglara unos para mí.

No hubo más remedio que ponerme un traje negro de mi tío, que sabe Dios el tiempo que tendría; y aunque los pantalones me venían anchísimos, iba yo tan satisfecho por llevar una chistera nuevecita que me compró mi tío; el primer sombrero de copa que me ponía era aquel, y una cosa contrarrestaba la otra; los que se fijaron en mi flamante chistera no repararían en los pantalones, que cabían dos como yo, y en la muy holgadas que venían también las demás prendas.

Tengo muy presente aquellos funerales de mi pobre madre; el vicario me dió muy buenos consejos, y me dijo que aunque había muerto para la tierra no había muerto para el cielo, que desde allí me vería, y que yo no debía de olvidarla nunca.

Era un hermoso día de primavera; había muerto mi madre, pero la naturaleza nunca muere; todo volvía á renacer de nuevo; las hojas brotaban de los árboles, y todo parecía que sonreía y convidaba á vivir. Yo contemplaba todo esto y al mismo tiempo pensaba en mi madre que se había marchado sin perdonarme quizás, sin dirigirme una sola palabra de consuelo; pero comprendía que á pesar de sus rudezas y extrema severidad me había amado, y que indudablemente yo era la única cosa que había amado en este mundo, y que hasta aquel último momento no había yo sentido amor por ella....

Para terminar con Bladesover diré aún algo más de lo que me pareció en aquella época y de cómo lo encontré mucho después, en una visita que hice cuando aquella gran posesión pertenecía ya á otros dueños. En esta novela no figurará ya Bladesover, pero debo decir que su recuerdo no me ha abandonado nunca, lo he tenido siempre dominando en mi mente. Bladesover ilumina á Inglaterra; ha llegado á ser para mí como toda aquella espaciosa, digna, pretenciosa y conservadora vida inglesa de aquel tiempo.

Cuando después lo visité me pareció todo aquello mucho más pequeño, parecía que con el tacto de los Liehtenstein se había transformado por completo. El arpa aun estaba en un rincón del salón, pero había también un piano diferente, una pianola y una porción de chucherías y de pequeños objetos artísticos esparcidos por todas partes. Los muebles seguían allí enfundados, pero las fundas no eran ni con mucho, de la misma pecalina de antes, aunque quería serlo, y las lámparas antiguas y candelabros habían desaparecido. Los libros de lady Liehtenstein habían reemplazado á los amarillentos pero ricos volúmenes que había yo hojeado tantas veces; ahora ya no se veían más que novelas y re-

vistas contemporáneas por encima de los muebles, revistas y novelas francesas, italianas y alemanas muy baratas y con muy malos dibujos.

Es un gran error el pretender que las especulaciones forman mejor aristocracia que las rentas. La aristocracia no se forma más que con el orgullo, con los conocimientos, con la educación y con la espada. Estos nuevos dueños no habían aventajado en nada á los Drewss. A la gran incapacidad de la antigua nobleza, ha sustituído una variedad de estupidez más activa y de más empresa, pero menos digna. Esta fué la impresión que saqué de mi última visita á Bladesover.

CAPITULO III

Mi aprendizaje en Wimblehurst

Principió entonces para mí una nueva vida; olvidé muy pronto las cosas que me habían pasado en Bladesover, y empecé á estudiar latín y á ayudar en todo lo que podía á mi tío en su farmacia y droguería de Wimblehurst. Esta población del condado de Sussex es muy tranquila, y sus casas casi todas son de piedra, cosa bastante rara en las poblaciones del Sur de Inglaterra. En sus calles tortuosas encontraba yo algo que me llamaba la atención, y además había un parque muy bonito en un extremo del pueblo, que se veía siempre muy concurrido. Se puede decir que toda la población pertenece y está dominada por la familia Eastry, y debido á su influencia hicieron la estación del ferrocarril muy retirada del pueblo, porque ellos no la querían allí. La casa Eastry era muchísimo más importante que le de Bladesover,, y todo el mundo, menos mi tío, bajaba la cabeza ante aquella familia aristocrática.

Mi tío era un hombre que no quería humillaciones ni acatamientos de ninguna clase; echaba pestes de